

I Congreso Internacional "LA DESBANDÁ". Un siglo de luchas populares antifascistas

MESA REDONDA 4

Las otras Desbandás. El éxodo forzado de Málaga a Almería dentro de la dinámica de huida de la población civil andaluza a la retaguardia republicana. El mapa de los desplazamientos masivos de 1936 desde Cádiz, Huelva, Sevilla y Córdoba.

RELATO

A la sublevación militar franquista en julio de 1936, le acompañó la necesidad de someter por las armas todas aquellas zonas que permanecieron leales al gobierno de la Segunda República, y la consigna de implantar el terror a sangre y fuego se fue cumpliendo al pie de la letra.

En Andalucía, a principios de septiembre, dio comienzo una operación militar poco conocida que tenía como objetivo dominar todo el recorrido de la línea ferroviaria Algeciras-Granada, ambas ciudades ya en manos golpistas, a excepción de un largo tramo con epicentro en Ronda.

Las consecuencias que se derivaron de estas operaciones afectaron de manera directa a tres comarcas: Sierra Sur de Sevilla, comarca de Antequera y Serranía de Ronda. Cuatro meses después caería toda la zona del Valle de Abdalajís, Valle del Guadalhorce y finalmente Málaga. Se inició así el episodio más sangriento que jamás hayan conocido estas comarcas en toda su historia. Los balances de víctimas fueron tremendamente elevados.

La investigación contrastó la documentación y los testimonios existentes con las crónicas recogidas por el cura Bernabé Copado, que fue quien acompañó a la columna del comandante Redondo en sus ocupaciones por la zona. Esta operación, que no fue un hecho aislado, formó parte de un avance militar de gran envergadura que buscaba someter nuevos territorios.

La ofensiva debía iniciarse por tres frentes distintos y dos de ellos confluían en la carretera de Campillos a Ronda. Es decir, el primero que correspondería a la columna del comandante Redondo partiría desde Osuna hacia el Saucejo y, una vez sometida esta población, se encargarían de Los Corrales, Martín de la Jara, Villanueva y Algámitas para saltar al noroeste de Málaga por Almargen y de allí a Cañete. El segundo saldría de Antequera, bajo el mando de Varela y del comandante Corrales, ocupando Campillos y Teba para unirse posteriormente con los primeros, también en el cruce de Cañete. Finalmente, el tercero, actuaría desde los pueblos gaditanos de Arcos de la Frontera y Ubrique, tomando pequeñas localidades de la serranía como: Benaoján, Montejaque, Algotocín, Cartájima, etc, acercándose igualmente al objetivo. Este último lo dirigiría el comandante Arizon.

El jueves 3 de septiembre dio comienzo en Osuna la nueva misión, que acabó el día 17 con el bombardeo de Ronda y sus calles repletas de cadáveres.

Terminadas las operaciones, los frentes en el sur de Andalucía dibujarían una nueva línea divisoria que reducía la zona republicana a la parte que quedaba detrás del pantano del Chorro, bajando por el Valle de Abdalajís, incluyendo Ardales, Carratraca, Alora y Cártama hasta el término de Estepona. De ahí seguía toda la costa malagueña en dirección a Almería y Levante. A toda esa zona fueron llegando por miles los refugiados que huían de los pueblos ocupados.

El control de estos municipios cambió de manos en cuestión de dos semanas y los fascistas locales, con las autorizaciones y el beneplácito de las comandancias militares, se encontraron de la noche a la mañana con un poder de decisión y de actuación sin límites. La mayoría no imaginaba hasta qué punto se pensaba llevar a cabo el escarmiento, ni la operación de *limpieza* que se estaba ejecutando.

La venganza quedó a cargo de bandas armadas que comenzaron a actuar inmediatamente. Los delitos de sus víctimas podían ser muy diversos. Cualquier detalle podía ser suficiente para poner en práctica el escarmiento.

Pero el castigo que se estaba practicando sobre los que se quedaron aguardaba todavía a los que huyeron, y, dado que sus casas permanecían cerradas, desde el primer día comenzó la rapiña y

el saqueo.

En enero de 1937, Queipo de Llano decidió recuperar el protagonismo bélico, fijando su objetivo en ampliar el frente sur con la conquista de Málaga. La caída de ese enclave supondría para los sublevados contar con un importante puerto estratégico, donde atracar la imprescindible ayuda italiana. Para ello Queipo contaba con un gran contingente de fuerzas en tierra, mar y aire, suficiente para provocar el terror en una zona que nunca se había enfrentado a ellos de forma directa.

Ante la situación de cerco, el día 7 de febrero se ordenó evacuar la capital y comenzó la huida masiva. La única escapatoria libre era la carretera hacia Almería que fue inutilizada para evitar el auxilio terrestre. La impresionante riada humana de unas 200.000 personas salió de la ciudad bajo el fuego cruzado de los cañonazos provenientes del mar y de los ametrallamientos aéreos. La ayuda que intentaron hacer desde el aire los aviones republicanos no pudo evitar una de las mayores carnicerías de la guerra, cifrada en más de 5.000 víctimas civiles.

A Málaga habían llegado un gran número de vecinos del noroeste de la provincia y de la Sierra sur de Sevilla, huyendo del avance de las tropas. Muchos de ellos sufrieron los bombardeos en la carretera de Almería.

Un final peor tuvieron los apresados en la capital. Su identidad, desconocida para los vencedores, quedó en manos de operaciones de reconocimiento.

Hasta la ciudad, comenzaron a desplazarse una serie de comitivas derechistas de las distintas localidades ocupadas, buscando e identificando por las prisiones a *los rojos* de sus municipios. Cuando llegaban hacían salir al patio a los detenidos y desde una ventana los visitantes reconocían a sus presas. Esa misma noche eran asesinados.

Tras la derrota de esta zona emblemática de la República, la mayoría de los que no estaban presos, o en el frente, o habían conseguido llegar a Almería, comenzaron a regresar a sus pueblos, sin imaginar lo que les aguardaba. A muchos de ellos les esperaba la aplicación rigurosa del *Bando de Guerra*.

Con todos los que iban llegando, los fascistas locales y siempre bajo el mando de las comandancias militares de la zona, reiniciaron una segunda represión de terror y muerte, contando ahora con la presencia de un *Tribunal de Guerra Especial Permanente* que los juzgaba y ejecutaba rápidamente sin ningún tipo de garantías.

Al finalizar la Guerra, los vencidos que habían conseguido huir de sus municipios se encontraban en situaciones muy diversas. Unos habían caído presos en centros penitenciarios, otros en campos de concentración, otros fuera de España, y la mayoría, en lugares donde simplemente formaban parte de la multitud. A los que regresaron a sus lugares de origen por sus propios medios, en cuanto los vieron llegar, no faltaron un buen puñado de chivatos que fueron corriendo a denunciarlos al cuartel de la Guardia Civil, achacándoles todo tipo de delitos.

Las detenciones fueron masivas y las cárceles habilitadas en los municipios se quedaron pequeñas. Las denuncias fueron siendo enviadas a los tribunales militares. Después eran trasladados por la Guardia Civil, para ingresar directamente en la Prisión Provincial o en batallones de trabajo, a la espera de aplicarles un Consejo de Guerra. El proceso podía tardar meses o años, dependiendo de los requerimientos que la Auditoría de Guerra solicitara.

Varios meses después de terminada la Guerra, prácticamente la operación de *limpieza y rastreo* de todos los sospechosos localizados, calle a calle y pueblo a pueblo, estaba casi concluida. Los centenares de miles que llenaban las cárceles locales y provinciales ya se hallaban bajo control. Quedaba implantada una férrea dictadura, cuyas consecuencias humanas, sociales, políticas y económicas, aun seguimos investigando.